

TAMBIEN LOS PAISES RICOS TIENEN NECESIDAD DE LIBERACION

por Betty LEONE

En mi calidad de responsable del comité para la Justicia Social de las CVX de los Estados Unidos me han pedido que describa una experiencia de liberación en el contexto de una gran potencia mundial. Confieso que en mi primer intento me sentí profundamente descorazonada en mi tentativa de hacer que mis compatriotas y los miembros CVX concibiesen y entendiesen lo que justamente es la liberación. ¿Para qué esta actitud? Sin embargo no nos falta buena voluntad. ¿Será que en nuestro país libre no somos tan libres como lo creemos? Veamos lo que hay en este particular.

Cuando era niña, razonaba como niña y mis creencias eran las de una niña. Con todo mi corazón cantaba nuestro himno nacional "sweet land of liberty", libertad que se me cía en el aire atravesando las montañas. Juraba fidelidad a nuestra bandera estrellada y terminaba con todos mis pímones con estas palabras "una nación unida, bajo la mirada de Dios, con la libertad y la justicia para todos. Mi fe cristiana era también totalmente idealista y sin complicación. Dios era para mí el todo poderoso y el todo amor. Jesús era mi amigo - algo así como superman. Podía, y quería, resolver mis problemas.

Llegada a la edad adulta, caí en la cuenta de que en USA la libertad no existe sino de manera muy desigual. Mi fe religiosa se había también desarrollado, evolucionado y profundizado. El cambio efectuado en mis percepciones religiosas y sociales es lo que me propongo exponer en este artículo.

Como soltera, comprendí muy pronto que en USA los hombres tienen más libertad que las mujeres, a las que rigurosamente se les definía en términos de esposa, madre, consuegrida. Tenía tres hermanos cuyas oportunidades futuras eran muy diferentes de las mías. En aquella época, madre de familia y carrera profesional se excluían absolutamente; en cambio, padre de familia y profesión eran de lo más compatible. El movimiento feminista me ha hecho consciente de

la exactitud de mis percepciones y me ha mostrado que estaban ampliamente difundidas. A través de los ojos de amigos Negros constaté que los americanos Negros se hallaban también en una situación de desigualdad y que no eran libres. Entonces se desarrolló en mi una real sensibilidad por la privación de los mismos derechos civiles que los demás americanos, de las mismas oportunidades para la inserción social. Para ellos no había acceso igual al ideal americano. Y yo no podía hacer sino pocas cosas hasta que el Civil Rights Movement (Movimiento de los derechos civiles) formó una comunidad de interés y de compromiso. La educación constituía otro sector, en el que la libertad era ambigua. La autoridad religiosa detenía todas las respuestas y mi nueva concepción era rechazada. Pensar podía ser un acto subversivo y peligroso. Me parecía que la educación dada para vivir en la democracia era de lo más opuesta a la democracia.

Me es difícil precisar justamente en qué momento comencé a integrar mi vida social y mi vida religiosa. Mi breve vida profesional de asistente social, antes de mi matrimonio, me había sensibilizado a los problemas sociales más extendidos. Luego, de una manera o de otra durante los años estrictamente consagrados a mi función de esposa y de madre, comencé a caer en la cuenta de que las modestas transformaciones sociales efectuadas y las reformas legales eran muy insuficientes. Los problemas se multiplicaban y se agravaban con más rapidez que las soluciones. ¿Cuál era la respuesta cristiana?

Cuando mis siete hijos crecieron y los Estados Unidos se metieron en este incomprensible conflicto militar del sud-este asiático que debía ir creciendo cada vez más, ví en la obligación del servicio militar otro ataque a la libertad. ¿Por quién y para qué había educado cinco robustos jóvenes? ¿Cuál era el sentimiento de los demás padres? Entonces escuché lo que los jóvenes decían alrededor de mí. Durante años, había conservado en mi fe interior la concepción religiosa que la voz de la autoridad legítima era la voz de Dios. Y comencé a dudar. Reflexioné sobre los procesos de Nuremberg después de la segunda guerra mundial, que descubrieron los graves conflictos que pueden surgir entre la autoridad civil y la conciencia individual. Mis tres hijos mayores lograron no sin dificultad obtener el estado de objetores de conciencia. Orgullosa por ellos, me uní a

los movimientos feministas opuestos a la guerra, aprovechando la lección que mis hijos me dieron.

Mi vida ha estado siempre guiada por mis sentimientos religiosos. Mi participación en la Congregación mariana, y luego en las Comunidades de Vida Cristiana ha tenido un influjo creciente, aunque no se ha definido netamente, acerca de mi conciencia social. Las encíclicas sociales de Juan XXIII, Mater et Magistra y Pacem in terris, así como la Populorum Progressio de Paulo VI han señalado un cambio. Mi preocupación social se hizo igualmente preocupación religiosa. Para mí la religión era mucho más que la felicidad del cielo después de la muerte y la pura acquiescencia intelectual a las doctrinas tradicionales bien precisas. Andaba más allá de la fiel observancia litúrgica y de las asociaciones de "caridad" que alargan e irritan las llagas sociales. La fe religiosa trasciende la tradición y las promesas de inmortalidad. Para mí Dios seguía revelándose a través de la historia humana y la actualidad. Veo en el Civil Right Movement americano de 1960 y en el Vaticano II, dos ejemplos recientes de la acción de Dios y de su revelación proseguida en nuestra época. Como cristianos debemos sensibilizarnos a esta manifestación de Dios y tratar de responder a ella.

Un movimiento decisivo en la integración de mi pensamiento social y religioso es el año que he pasado en el Brasil, donde mi marido había aceptado un cambio de puesto con un profesor de la universidad de São Paulo. Estaba bien lejos de pensar que mi experiencia de americana acomodada en un país en vías de desarrollo sería una formación y haría que entrase en el camino en que me encuentro. Amé al Brasil. Nunca había encontrado un pueblo tan afectuoso y hospitalario. Pero los contrastes sociales que surgían eran enormes y perturbadores. Renuncié a tener una sirvienta en casa y prescindimos de tener coche. Al mercado íbamos nosotros mismos. Allí veíamos a gente hambrienta revolviendo los restos desechados para sacar algún alimento. Íbamos al cine un día de invierno, era menester abrirse paso entre familias enteras refugiadas en la entrada para ponerse al abrigo del frío húmedo. Hemos visto a emigrantes y a veces a familias enteras, transportando consigo por todas partes lo que poseían, porque no tenían morada fija por no encontrar habitación barata. Acompañada de agentes del servicio higiénico visité varias favelas. Entonces entendí que el

milagro económico del Brasil era una mina de oro para los hombres de negocios americanos y los brasileños bien provistos, pero un desastre para la gran mayoría del pueblo : recibiendo un salario irrisorio el trabajador no puede procurarse una habitación decente, se ve privado del derecho de crear un sindicato, y de negociar mejores condiciones de vida. Comencé a entender que el sistema capitalista era una deficiencia moral y una actitud no cristiana. Al hombre, parece, sólo se le considera como un elemento fácilmente reemplazable de la máquina económica. El enorme foso entre ricos y pobres era una reproducción en grande escala de los problemas sociales de América. Aparentemente nada permitiría a los pobres mejorar su situación. Económicamente eran esclavos del silencio.

Durante nuestra estancia el gobierno militar reforzó su posición...: universidades cerradas, "retiro" de profesores competentes, encarcelación de jóvenes sin juicio, etc. La Iglesia, a excepción de Dom Helder Cámara, obispo de Recife, y algunas otras voces, quedó en gran silencio. Presidió numerosas ceremonias gubernamentales y pareció, por su silencio, que reforzaba este injusto statu quo. Esperaba una declaración de las autoridades religiosas que precisase, como lo habían hecho para el comunismo, que el capitalismo es un silencio injusto, que viola los derechos del hombre y destruye los valores religiosos.

Es difícil describir todas las influencias que me han transformado. Las encíclicas sociales obraron enormemente sobre mi pensamiento. Mi lectura espiritual y mi oración se centraron todos los días en la vida de hoy. Vivía la historia contemporánea a la luz de mi fe cristiana y también como americana con una creciente dedicación a la "libertad y justicia para todos" comprendidas las minorías oprimidas de mi propio país y las del mundo entero. Mi país y mis compatriotas, en el interior del país mismo o en el extranjero, sostenían y propagaban un sistema capitalista mundial análogo al juego de cartas de la "batalla", que reposa sobre principios que yo distinguía cada vez con más penetración como explotadores y negadores de la economía de base y los derechos del hombre. Y somos nosotros, nación que se llama cristiana, los que hemos obrado así, sin tener cuenta de los valores cristianos y aun sin reflexionar sobre ellos.

Mi mayor decepción la debo a personas que comparten mi fe, pero con las que no he podido compartir mis nuevas perspectivas. Mis valores religiosos evaluaban valores institucionalmente decretados con creencias personales, orientados por el Evangelio. Dios es trascendente, pero está también realmente presente en la historia contemporánea y me invita a ponerme del lado de sus pobres y de sus oprimidos.

Así es como progresivamente he adquirido el sentimiento del foso entre el mito, o por ser más caritativo, el ideal de libertad inscrito en mi país, y la realidad. Esta realidad, y yo la he experimentado, es la negación de la libertad. Estoy convencida de que en América hay una esclavitud inconsciente y que muchos americanos son víctimas de ella. En un campo visual unilateral es donde nuestra historia social, política, económica y religiosa se nos ofrece. Nuestra Constitución fue firmada por Blancos, hombres partidarios de la esclavitud y cuya influencia persiste aún en nuestros días. Han sido menester tiempo y esfuerzos encarnizados para que los esclavos fuesen liberados, para que los Negros y las mujeres obtuvieran derechos políticos, para que los Negros y otras minorías vieran el reconocimiento de sus derechos humanos y económicos. Persiste aún ese estrecho concepto de la libertad que es el personalismo : "el padre sabe mejor", y es hasta un artículo de fe en nuestra religión civil, que se sirve de ella especialmente en nuestra política económica extranjera.

Nuestra política de economía doméstica no es mejor. Cada vez se constata más que los americanos están atrapados en un sistema económico que es casi totalmente manipulado por los mass-media y la publicidad. Cuántos de nuestros compatriotas si no es ya la mayor parte, aun católicos, son esclavos de necesidades artificialmente creadas ! La prisión es lujosa y oculta sus barrotes. La población se da cada vez más al alcohol, busca insensatamente la diversión, consumidora y nunca harta de nuevas necesidades. En esto hay, según parece, un paralelo entre la versión rusa de la sociedad que quiere que el pueblo exista para el Estado, y el pueblo americano, en el que el pueblo existe para servir al Sistema económico. Ay! de que los rusos están privados de la libertad estamos bien persuadidos, pero no vemos que también falta ésta entre nosotros...

Acabo de esbozar a grandes rasgos lo que he percibido de los mitos y las realidades de la libertad humana y religiosa en USA. ¿Será mi sentimiento ampliamente compartido? Lo dudo. Nuestra sujeción a nuestros mitos y a nuestra sociedad de consumo es tan entera, que tomamos los mitos por realidades, llegando hasta a creer que nuestro engranaje en semejante cultura de despilfarro y de super-consumo recibe en cierto modo la bendición divina a causa de nuestro afanoso trabajo.

En cuanto a mí, lentamente voy cavando una brecha hacia el porvenir en términos de relaciones familiares y humanas más auténticas, de un mejor entendimiento entre las razas, de una menor participación en la carrera del consumo, del rechazo de toda explotación en las relaciones económicas, del desafío a las estructuras sociales y económicas injustas en todas las ocasiones posibles. Estoy alerta y creo que mi intuición social y religiosa son convergentes. Estoy también buscando una comunidad que aspire a la liberación.

Yo me libero de algún modo, liberándome en el interior de esta gran prisión que es la sociedad de consumo en América. Me sucede que encuentro a otros "prisioneros" que se liberan también de sus cadenas y escogen un estilo de vida sencillo, de menor consumo, y esto por razones a la vez humanas y cristianas. Hoy la mayor parte de los que comparten conmigo este cuidado de liberación no pertenecen a las CVX. Se trata de cristianos anónimos, miembros, o no, de Iglesias establecidas, que condividen una nueva significación de la misión en América. Algunos son antiguos misioneros. Todos han vivido, más o menos, la experiencia de una opresión proveniente de la insensibilidad de relaciones eclesiales, sociales, económicas o personales. Para las sociedades ricas esta libertad adquirida "en el interior de la prisión" se habría de considerar como un primer paso. El descubrimiento y la formación de comunidades participativas de este concepto de liberación y capaces de ejercer presiones conjuntas para un cambio de actitudes y de estructuras serán un segundo paso.

A menudo medito la narración del Exodo. Tengo a veces el sentimiento que los cristianos ricos americanos pertenecen todos a la corte de Faraón y se hallan en la incapacidad de escuchar, de ver y de hacer sea lo que sea a causa

de su sujeción y de la de las minorías así en su propio país como en los que están en vías de desarrollo. Nosotroes haremos cualquier cosa para ayudarles: no nos separaremos de ellos. Me reflexionado también mucho en la misión de Cristo, tal como la cumplió en el pueblo de su tiempo. Trabajó con los humildes y desgraciados. Su presencia saludable y su mensaje fueron un signo de esperanza para los oprimidos.

Los cristianos del primer mundo ¿fueron un sacramento, es decir, una señal de la presencia permanente de Cristo en el mundo de hoy?

Permitidme que en conclusión presente un credo personal que refleja mis creencias sociales y religiosas sobre la liberación, nacidas de madura reflexión.

Creo en Cristo, Salvador y Liberador.
Bajó para prepararnos un puesto en los cielos
pero se preocupa también de nuestra existencia terrestre
y urge a sus discípulos que compartan su solicitud.

Creo que nos llama
a ser co-creadores de su reino aquí en la tierra.
Nos dió una voluntad libre
y evita entorpecer nuestra libertad
aun en nuestras cosas malas y ciegas.
Anosotros nos toca asumir las consecuencias de nuestros actos;
pero nos acoge con sus grandes brazos abiertos
cuando volvemos a él, y le pedimos
que cambie nuestro corazón de piedra en corazón humano
sincero y fiel.

Creo que todo cristiano está llamado
a ser con Cristo co-artífice y co-liberador.
Creo que la presencia cristiana en Estados Unidos
nos pide que seamos una señal de contradicción
en nuestra sociedad materialista y de manipulación.
Nuestra misión es crear una contra-cultura cristiana
que implique actitudes personales nuevas,
nuevos estilos de vida
y nuevos modelos institucionales...
que reflejen con mayor claridad
nuestro ideal temporal y religioso de libertad humana.